

La sinrazón

Alguien deberá ponerle punto final a la escalada de violencia que se cierne sobre nuestro país, como si de pronto se hubieran abierto todas las espigas del odio y la sinrazón. Responsabilidades existen claramente delimitadas por cargos muy representativos. La responsabilidad del orden y la tranquilidad en un país está claramente asignada. Nadie puede alegar ignorancia de sus deberes. Mucho menos en hora tan preocupante para España, en hora en que el pueblo ya se había manifestado con concreción, a través de un referéndum, sobre lo que desea para un futuro inmediato. El pueblo español le dijo sí a la reforma y parece que caminamos con paso firme hacia la deseada democracia. Deseada por la gran mayoría del pueblo español.

No basta que unas minorías, sean del color que sean, decidan romper la convivencia y hacer de nuestro país un «Chicago, año 20» a base de vendettas sicilianas. Eso puede ser una explosión incontrolada e incontrolable a priori, pero cuando el hecho ha tenido lugar, deben existir resortes legales y organización de Estado suficientes y sobradas para hacer que las aguas vuelvan a su cauce y evitar, mediante el control necesario, que las cosas se repitan. Porque si no, es para irse, para marcharse de un lugar donde cuatro elementos incívicos pueden poner el país boca abajo, con unas acciones alejadas años luz del más elemental sentido común.

Ni el país está en la calle, ni las cosas pueden resolverse a tiro limpio, ni quienes tienen el poder en sus manos pueden dejar de ejercerlo en beneficio del bien común. Porque España no son unos cuantos elementos que han decidido hacer la guerra por su cuenta —sean del lado que sean— y hacer también de nuestras calles, e incluso despachos, una selva donde el que «madruga» más se haga con la situación dejando el suelo sembrado de cadáveres. El Gobierno Suárez está sufriendo su prueba de fuego. De que sepa remontarla, en bien de la convivencia nacional, dependerá el que podamos los españoles seguir confiando en él. O de que la calle quede a merced de los más resueltos a acabar con las esperanzas de los ciudadanos en pasar de una época de poder personal a otra de participación, sin traumas. Que algunos no quieren que así sea, es evidente, pero por eso precisamente tenemos autoridades que deben asegurarnos que no se van a salir con la suya.

HABLANDO EN PLATA

La violencia no tiene color

España ha vivido jornadas de profundo luto, como consecuencia de los salvajes sucesos registrados en Madrid, 6 vidas segadas y un nuevo secuestro, el del Teniente General Villaescusa, presidente del Consejo Supremo de Justicia Militar —verdadero desafío a la serenidad del Ejército— que viene a unirse al secuestro de Oriol y Urquijo, que está retenido, incalificablemente, desde hace más de un mes.

Hace un par de años que España se haya sometida al oleaje de la violencia que nos imponen organizaciones terroristas, todas ellas, sean del signo que sean, con amplias coordinaciones internacionales. Han muerto muchos servidores del orden y ciudadanos privados, por no atender a chantajes políticos u ostentan determinada significación. Hemos clamado diciendo ¡Basta!, pero muchas veces se ha hecho con la boca pequeña y, es de justicia reconocerlo en muchos casos incluso, indirectamente, se

ha disculpado y hasta alentado esta carrera de asesinato y terror. Ahora parece que el signo terrorista ha cambiado de color. España se ha estremecido justamente. Llueven las repulsas, los partidos y sindicales obreras llaman a la serenidad para evitar que el caos nos enfrente de nuevo y haga imposible, una vez más, el diálogo pacífico y democrático. Hacia falta esa repulsa general que quita moral a los terroristas, pero ha tardado demasiado, porque los españoles, a ciertos sectores activos de los españoles, por desgracia todavía siguen valorando la violencia según el color que tienen sus autores. Y esto ha de acabarse para siempre: la violencia no tiene color. Venga de donde venga, es reprobable. Hemos de ser honestos y no disculpar, ni siquiera con el silencio ningún acto terrorista. Sólo así la paz podrá volver a ser el mejor patrimonio de los españoles.

Juan del Vallés